

EL DUENDE

Periódico independiente, defensor de los sagrados intereses del pueblo :-

AÑO I.-Núm. 2

Nueva Helvecia, Domingo 14 de 1917

Aparece cuando puede

Núm. suelto 2 cénts.
Id. atado 3 cénts.

leyendo nuestra hoja (pero no de ojito).—La Dirección.

Las colaboraciones deben enviarse a esta dirección: El Duende, Nueva Helvecia, depositándose en el correo.

Nuestro primer número

Sin bombo ni platillos surgió a la vida el domingo último esta modesta hoja de publicidad que viene a engrasar las filas del periodismo local, para luchar en defensa de los intereses generales del pueblo, la que jamás se verá amilanada por torpes amenazas, ni por intereses mezquinos dejara de hacer oír su voz atronadora para pedir justicia.

Ha merecido la protección común de los pobladores de esta, nuestra zona departamental; así al menos nosotros lo creemos, guiados por la acogida que tuvo nuestra primer edición, pues, a pesar de que fué bastante crecido el número de ejemplares que imprimimos, se agotó muy pronto.

No es esto por cierto pelear de inmodestos, no queremos decir que la forma de nuestros artículos merecían tal cosa, pero el fondo creemos que sí.

¡Estamos satisfechos de nuestro triunfo! Y seguiremos mientras nos sea posible luchando con los múltiples obstáculos que se presentan a nuestra empresa, para que el pueblo cuente con este arriesgado defensor.

Agradecemos, a las personas que han cooperado tan grandemente a nuestro éxito

Con un banco de la plaza

Emocionante interwiew

Como prometimos a nuestros lectores en el número anterior, publicamos a continuación la interesante entrevista que habíamos anunciado.

La relación es la siguiente: Despues de una de mis habituales correrías por esas calles de Dios, o de quien sean, senteme un rato a descansar, rendido por la caminata y el efecto de algunos copetines, en un banco de la plaza principal (porque no hay otra); sentí que al ratito sonaron doce campanadas anunciando el fin de un día y el principio de otro; cuando recién quería agarrar el sueño: una voz como procedente de ultratumba me dice:

«¿Qué haces aquí sentado a estas horas?

Me refregué los ojos; miré a un lado y otro tratando de averiguar quién era el que me hablaba; más al no ver a nadie, creí ser víctima de una pesadilla, cuando la misma voz vuelve a decir de nuevo:

—¿No has oído que te he hablado?

—Si he oido—dije instintivamente—pero puede saberse quién es el que me habla?

—Yo soy! — contestó el

Pegué un salto como si me clavaran un alfiler, y entonces el banco prosiguió:

—Nada temas, y ahora que estás aquí, te voy a contar mi historia.

—Empiece no más, amigo, que le escucho.

—Yo fuí persona como eres tú; en la aldea donde nací, era el más caracterizado bochinero: eran tantas mis entradas en la comisaría, que conocía más bien aquél la que mi propio domicilio; funcionaba en la comarca una escuela de moral, atendida particularmente por el gobernador, cuyo fin era el de volver al redil a las ovejas descarriadas; mis padres me obligaron a asistir a aquella escuela para ver si me corrégía; mientras estaba bajo la obsesión de los sabios consejos de mi maestro, podría decirse que era el mejor de mis condiscípulos; pero, en la calle, el enemigo malo volvía a apoderarse de mi voluntad, arrastrándome al mal; en vista de que era incorregible, mis padres, en el colmo de la indignación, me echaron a esta misma hora una maldición, diciendo:

«¡Quisiéramos verte convertido en banco de una plaza pública!» Creo que ellos ignorarían que esa maldición podría convertirse en triste realidad, pero desgraciadamente así sucedió.

Todavía aun siendo banco he tenido diferentes alterca-

EL DUENDE

dos con mis compañeros, por metido. Por cierto, no te cuya causa me encuentro contestarán, por no darte aislado de los demás, con la importancia ¿sabés? ¡Pero en agravante de servir de sos- cualquier vuelta te vas a li- ten a la policía de este pue- gar una «pa... liza», de mi blo, además de vestir un rojo flor!

rabioso, color que en vida odié. Mi fin está cercano: ca- si podría asegurar que moríré quemado por los mismos a quien hoy sostengo y es- pero con abnegada resigna- ción mi último momento.

Esta es mi historia. Ahora, una vez que te he puesto al corriente de mi vida, retírate porque el plazo que tengo estipulado para hablar ya fenece. Aprovecha la moraleja de esta historia por lo que te pueda suceder y cuando quieras saber lo que sucede ahí enfrente vente a esta misma hora por aquí sin ser visto, pues has de saber que nadie no siendo la policía puede descansar sobre mí, que yo satisfaré tu curiosidad, pues no ignoro nada de lo que sé.

Saludé cortésmente haciendo toda clase de reverencia al que con tanta franqueza me hablaba, retirándome con los ojos empapados en lágrimas!

K. RETA.

Agarrate Catalinal...

Si «Rulito» podés ir pre- parándote bien; porque en cualquier momento vas a llevar una «carrera», que si no tenés bien preparado los talones... no se como te la vas a ver.

Y todo porque? Por me- terte a escribir contra... nada menos que contra Colonia Suiza!...

Tu no sabes en que te has

entre dos amigos panaderos de los cuales uno aspira en plazo no muy breve a «calcar» de maestro de pala pues parece que se tiene mucha fé: Conste.

K. BALLO

Yo represento el invierno

Cu la alegre primavera

Nos acordamos de estos ver- sos días pasados cuando vi- mos un periodista local, que en su vestuario representaba estas dos estaciones.

Ahora no sé si este señor tenía frío un día de calor, o tendría calor un día de frío; la cuestión era que él iba re- presentando estas dos esta- ciones en su *elegante* vestir, y si no lean lo que va ensegui- da:

El periodista de que me ocupo vestía pantalón y za- patos blancos, y un grueso sobretodo negro, así que creo firmemente que luciría ropa primaveral, puesto que la primavera está entre el in- vierno y el verano, se notará posiblemente frío en la mitad del cuerpo y calor en la otra mitad.

Es por esto que yo llego a creer que una parte del cuer- po le cantaba a la otra

Yo represento el invierno
Tu la alegre primavera...

Rulito.

No valemos nada...

Nota: Para no dar lugar a malas interpretaciones debe- mos hacer constar que la conversación que antecede y que damos a la publicidad fué oída casualmente por un miembro de esta redacción,

Noches pasadas nos en contrabamos en el café Sui- zo, cuando un amigo nues- tro nos quiso hacer conocer

algo que no conocíamos. Nos dice:

—Amigo K. Nonazo, a usted que es uno de los miembros de la redacción de EL DUENDE, deseo presentarle una persona que apesar de ser muy popular, popularidad que ha conquistado por ser un gran orador; predicador del sabatismo, la que creo no conozca.

—Tendría el mayor agrado en conocer esa persona —lo contestó al amigo.

—Venga conmigo —me dijo—y se encaminó hacia el mostrador, donde se hallaba recostado un anciano respetuoso de blancos pelos en la cara con una crecida pera. Llegamos cerca de él, y cuando menos esperaba, le manifiesta que le iba a presentar un miembro de la redacción de «El Duende». Previos los saludos de práctica, estrechamos fuertemente la mano de nuestro nuevo amigo, el que nos dijo llamarse... Ya me olvidé del nombre (también ese señor me debía haber entregado una tarjeta) bueno vamos a que no tenga ninguno, y que se apellida Feller; pero que al fin sera nuestro amigo —Después dirán que los de EL DUENDE no valemos nada! ¡Ya tenemos un amigo más! —K. Nonazo.

¡No es una novedad!

No señor lector; no es a título de novedad que me ocupo en hablar de este asunto; pero como mis amigos de EL DUENDE, me pidieron que escribiera algo, y yo, que no me agrada hacerme rogar en estos casos qui-

enaceeder al pedido de estos señores.

Muy bien, les dije, escribiré algo, (excuso el decirles lo contento que ellos se pusieron cuando vieron que una persona que apesar de yo... nada menos yo... les

cedería una colaboración).

Bueno, llegué a mi mesa de trabajo—esto comiendo que prenderán ustedes que lo digo por costumbre, por que mi mesa de trabajo es la misma que mi mesa de comer—unido que estuve de unas hojas de papel blanco, de una lapicera—con su correspondiente pluma se entienda, porque con la lapicera sola no se va a escribir—Ah! y también de un pozo de tintas, para borrar el blanco papel; me puse a pensar sobre que escribiría...

—Aquí está la peligrosa! —Qué tema agarro yo ahora? —No me venía nada a la memoria, escribiré contra la Comisión Auxiliar, por que no proporciona buenas vías de transito? no; este es tema muy gastado y la colaboración ya resultarán un fracaso; escribiré contra la policía diciendo que no descubre los robos que se cometan a nuestro vecindario! y no procede en la forma que debe contra ciertas personas de mal vivir!... No esto representa un gran peligro para mi propia persona; contra la policía no se puede escribir nada! porque a lo mejor le encajan una calabozada vieja bárbara... machazza... y después andá a quejarte; hacer un artículo contra el mal servicio de correos!... No con esta gente si que no me conviene meterme, porque a lo mejor viene

para mí una carta de la persona y me la hacen pedir... Y... adios amor! Me quedo viudo antes de ser casado.

Hombre, lo mejor sería decirle a los muchachos que me disculpen, que no los he podido ayudar por haber sufrido una indisposición, y quedo como fierro; les digo que para el número próximo les voy a aprontar algo, y se quedan contentos. Está el programa. ¿Verdad, lector, que no es una novedad lo que escribí, pero cuando menos te hice que tú leyeras ésto? Pero para el próximo número escribiré algo mejor.

K. MAMBÚ.

Correo sin estampilla

Sacrom.—Su colaboración no merece la publicidad, no es nada más que un insulto y EL DUENDE, no publica estas cosas y menos cuando vienen como la suya escudada bajo un pseudónimo. Consideramos esto como una vajza. Nosotros no sabemos quién es usted a pesar de que nos dice que conocemos su letra.

CHISTE.... O LO QUE SEA

Cumpliendo una ley

—Crio. al g. c.—Vigíleme bien esos boliche, pues tengo por entendido que en algunos de ellos se expenden bebidas alcohólicas.

—G. C.—¿Y si me «ocopian» con algo?

—Crio.—Lo toma, y luego me da parte.



EL DUENDE

Recomendamos encarecidamente a los lectores de EL DUENDE para el próximo número la lectura de un artículo sobre CONQUISTAS AMOROSAS, por el popular cuentista

K. RETA